

La pasajera

Como todos los años el dieciséis de Octubre la encontraba en el aeropuerto. La chica del mostrador le tomó el pasaporte y el boleto y comprobó que estuviera todo en orden antes de despacharle las dos valijas.

Su mejor amiga, Sue Ellen, le había pedido que por una vez festejara su cumpleaños en Nueva York con ella y sus amigos, pero Sabrina se había negado rotundamente. Llevaba veinte años viajando a Buenos Aires para celebrar en compañía de su familia y sus amigos de la infancia y no pensaba romper con esa tradición. Además, Sue Ellen no tenía ni idea de lo que le estaba pidiendo.

Sabrina vivía sola con sus dos gatos en un pequeño departamento en el prestigioso Upper West Side de Manhattan; lo había comprado hacía quince años y se sentía tan a gusto en su barrio que nunca había pensado en mudarse a uno más grande en otra zona, aun cuando la propiedad se había revalorizado de tal manera que podría haber hecho una fortuna vendiéndolo.

Disfrutaba de dar paseos por el Parque Central que quedaba justo enfrente de su edificio y del sinnúmero de restaurantes y negocios que parecían multiplicarse día a día a pocas cuadras en las avenidas Ámsterdam y Colombus.

De mañana, Sabrina tomaba cursos de actuación en el Actor's Studio y de tarde trabajaba para una agencia que ofrecía drama-terapia para chicos con problemas emocionales y de conducta. Le pagaban bien y de alguna manera estaba haciendo lo que le gustaba, si bien no era precisamente actuar en el sentido profesional del término. Pero por suerte, con su grupo de teatro estaban a punto de estrenar una obra en un pequeño auditorio del Village. Y aunque en realidad los actores habían aportado dinero y tiempo para montar la obra, por lo menos finalmente la estrenarían y con un poco de suerte recuperarían la inversión y se les abrirían las puertas para hacer algo mejor remunerado.

Como si estas actividades no fueran suficientes, tres noches por semana Sabrina trabajaba de mesera en un café donde tocaban bandas de música que aspiraban a ser los próximos favoritos del ranking.

Tenía cuarenta y cinco años, pero todo el que la conocía pensaba que tenía veinticinco. Tenía una piel tersa, sin arrugas; ojos azules que brillaban con intensidad juvenil; un pelo negrísimo sin una cana. Aparte tenía un cuerpo menudo, fibroso, donde la fuerza de la gravedad no había hecho todavía ningún estrago. Por eso estaba siempre rodeada de gente mucho más joven que ella: hombres y mujeres que podrían ser sus hijos pero para los cuales Sabrina era una más del grupo. Con los hombres más que nada tenía un éxito envidiable. Al punto que no se había casado porque al haber estado siempre muy bien acompañada, no había tenido el deseo de “atarse” a una sola persona. Le fascinaba ser el centro de atracción en todos lados. Y tal vez por su aspecto un tanto exótico, o por su sonrisa amplia, o por su personalidad chispeante, siempre lo era.

Pero nada importaba tanto en su vida como embarcarse para Buenos Aires el dieciséis de Octubre para estar en su país natal el diecisiete y celebrar con una gran fiesta su cumpleaños. Lo había hecho consistentemente desde que había emigrado. El primer año había sido una casualidad. Tenía que buscar su visa de trabajo y había arreglado para hacerlo la semana del diecisiete de Octubre. Pero a partir de ahí, resolvió que era lo mejor: hacer coincidir su viaje anual con su cumpleaños, de esa manera no extrañaría a su familia en esa fecha tan especial. ¡Además, Buenos Aires era tan hermosa en primavera! Las calles rebosantes de árboles en flor, el perfume de los paraísos extendiéndose por toda la ciudad como una manta protectora, la gente sonriendo, las mujeres mostrando sus esbeltos cuerpos que ya empezaban a exponer al sol cada minuto libre que tenían.

Paraba siempre en un hotel de Palermo viejo. No era de los más caros pero tenía todas las comodidades que Sabrina necesitaba y más que nada estaba muy bien ubicado para hacer compras, una de las actividades que más disfrutaba en sus viajes.

De costumbre Carolina, su hermana mayor, la buscaba del aeropuerto y la llevaba al hotel donde almorzaban juntas y se llenaban los oídos de historias y chimentos. En este primer encuentro Sabrina siempre observaba cuidadosamente cuánto había envejecido su hermana. Contaba las arrugas alrededor de los ojos y la comisura de los labios, el ceño fruncido que no se desfruncía, las incipientes canas no teñidas. Y se preguntaba cuánto habría envejecido ella para la otra. Esas cosas que no se dicen pero que se capturan en un instante en una mirada fija, o en el gesto suspendido del otro.

Apenas se fue Carolina, Sabrina subió a su cuarto, entró al baño y prendió la luz fluorescente para mirarse al espejo. Allí se encontró – como en cada uno de sus viajes anteriores- con su ser argentino y se vio por primera vez la cara de cuarenta y cinco años. Porque Sabrina solamente cumplía años en Buenos Aires. Solamente envejecía para su familia y sus amigos de la infancia. Para sus amigos y conocidos de Nueva York, seguía teniendo veinticinco por más que no se pudieran explicar cómo era posible que a pesar de que pasaran los años, Sabrina siempre luciera igual.

Por eso era difícil verse envejecer como de a golpes una vez por año sin la progresión propia del paso del tiempo que da la posibilidad de irse aceptando o resignando a lo inevitable. Pero aunque el golpe inicial en Buenos Aires era siempre duro, y a pesar del rechazo que sentía hacia esa cara marcada por los años, Sabrina prefería mantener su cara fresca y lozana en Nueva York antes de verse envejecer día a día. Prefería mantener la ilusión de que el tiempo no pasaba para ella en Nueva York, de que siempre tendría tiempo para hacer lo que quisiera. Que todavía era joven para iniciar su carrera de actriz. Que aún podía seguir atendiendo mesas en el café hasta pasada la medianoche.

La fiesta era siempre la noche del diecisiete de Octubre. Este año la hicieron en un restaurante de Palermo SOHO. Un lugar de moda con una decoración muy minimalista que a Sabrina le encantó. La llevaron de sorpresa porque generalmente la celebración se hacía en la casa de Patricia, su hermana menor; pero éste era un cumpleaños especial. No se cumplen cuarenta y cinco todos los días.

Fueron todos. Sus hermanas y sus familias, ¡siete sobrinos en total! Sus padres, sus tíos, sus primos... Y como siempre Sabrina sintió la falta de sus abuelos maternos a los que tanto extrañaba y que habían muerto hacía unos cinco años. Ella no había podido estar en el entierro. Como tampoco había podido estar en el casamiento de Patricia, ni en los nacimientos de ninguno de sus sobrinos, ni en los cumpleaños importantes de sus padres... Todos estos eventos le pasaban como de lejos y de alguna manera la dejaban como mera espectadora.

Se quedaron en el restaurante hasta las dos de la mañana tomando café, charlando y riendo de viejas anécdotas. Esas que se repiten de reunión en reunión pero que siempre causan gracia y funcionan como la plasticola de la familia. Le preguntaron mucho por su obra de teatro: ¿Ya había estrenado? ¿De qué se trataba? ¿Iba a actuar en Broadway? Y ella inventando un poco y dando algunas vueltas a la verdad, extendió una cortina de humo y misterio alrededor suyo como en cada viaje.

Era lo menos que podía hacer. Bastante difícil le resultaba enfrentar a su familia año tras año con pocos cambios reales de los cuales dar cuenta. No se había casado, no había tenido hijos, no había terminado de lanzar su carrera... Mientras sus hermanas se multiplicaban y tenían profesiones estables - una era dentista y la otra ingeniera-, mientras sus chicos crecían y se preparaban para la universidad, ella seguía contando los mismos cuentos sobre su grupo de teatro y sus clases en el Actor's Studio, sobre el café y las nuevas bandas musicales. Un poco había que mentir.

Como en cada viaje, Sabrina no pasó ni un minuto sola. Su agenda estaba llena desde temprano a la mañana, cuando aprovechaba para ir al gimnasio con su amiga Marcela, hasta bien entrada la noche. Desde el mismo día de su llegada, tenía programados desayunos, almuerzos y cenas con amigos y familiares y montones de cafés entre comida y comida con otros tantos amigos y familiares. Entre una cita y otra, aprovechaba para hacer compras, ver exposiciones, y alguna obra de teatro. Era un calendario de locos pero tenía tantas cosas que hacer en una semana, y tanta gente para ver...

El viaje de regreso resultó eterno. Chicos llorando, mucha turbulencia, los pasajeros inquietos que deambulaban por los estrechos pasillos golpeando a los que trataban de dormir. Flanqueada por dos hombres y sin posibilidades de estirarse en su asiento, Sabrina pasó la noche en vela pensando y repensando cada conversación, cada cara, cada perfume, cada comida como tratando de grabárselos, sabiendo que en poco tiempo pasarían a mezclarse con conversaciones y caras y perfumes y comidas de otros viajes, volviéndolos indistinguibles. Una masa única de memorias amalgamadas.

Cuando llegó a su departamento estaba exhausta sin ganas de hacer otra cosa más que dormir. O tal vez, de llorar un poco por el mismo agotamiento.

A las cuatro de la tarde la despertó Sue Ellen en el teléfono para invitarla a salir a cenar y Sabrina le pidió que en cambio fuera a tomar el té a su casa.

Se abrazaron como si hicieran meses que no se veían. Al menos para Sabrina parecía realmente mucho más que una semana. Siempre le costaba reubicarse con la

gente de su entorno neoyorquino de regreso de Buenos Aires. Como si fueran un poco desconocidos a los que tenía que volver a reconocer.

Cuando se separaron, Sue Ellen dio un paso hacia atrás para mirar a su amiga. Sabrina la siguió con los ojos y notó una expresión extraña en los de Sue Ellen.

-¿Qué?- le preguntó.

-Estás muy... cambiada - solo se atrevió a decir Sue Ellen.

-¿Cambiada cómo?- Sabrina le preguntó divertida pero enseguida vio que la expresión de Sue Ellen era una mezcla de sorpresa y horror.

-No sé como explicarlo...

Sabrina corrió al baño y comprobó que se había traído a Nueva York la cara de Buenos Aires. El espanto le llenó los ojos de lágrimas mientras una profunda desesperación la sacudió como un terremoto. Esto no era posible. Nunca le había ocurrido antes. ¿Qué haría ahora? ¿Cómo podría convivir con esta cara todos los días de su vida?

Sue Ellen se asomó al baño:

- No entiendo... ¿qué te pasó?

- Este era mi secreto - le contestó Sabrina secándose las lágrimas con la punta de los dedos -, tengo cuarenta y cinco años.

- Pero ¿cómo es posible? Hace una semana parecías de veintipico.

- No sé. Fue siempre así. Así soy yo en Buenos Aires. Como me ves ahora. Pero por alguna razón, acá nunca envejecí.

No era posible dar más explicaciones cuando ella misma no las tenía. Pero si las arrugas no se iban, si la expresión madura de su mirada no retrocedía, si sus pechos no se elevaban mágicamente, si sus músculos no se tonificaban pronto, no podría ocultarle la realidad a nadie. Ni siquiera a sí misma.

Cuando Sue Ellen finalmente se fue, Sabrina se tiró en la cama a pensar. Quizá ésto quisiera decir que era hora de asumir su verdadera edad. Celebrarse en serio. En Nueva York donde había elegido vivir. Vivir en lugar de sobrevivir.

El malestar inicial se fue aplacando de a poco. La verdad es que le costaba mucha energía mantener la fachada de joven. Las noches atendiendo mesas en el café, las interminables clases de teatro con la ilusión de que una más haría la diferencia. La endémica frustración de no ser nunca elegida en las audiciones para el papel que quería.

De a poco llegó a la conclusión de que si tenía cuarenta y cinco años estas cosas eran inadmisibles.

Se acercó nuevamente al espejo del baño y esta vez el impacto fue menor. Después de todo, toda la semana pasada había convivido con esta realidad.

No era fea. Solo mayor. Más madura. Con menos tiempo que perder. Y tal vez, reflexionó Sabrina, eso no fuera algo tan negativo.